

Y sin embargo, así es. Hay romances suyos, muy famosos y conocidos, unos, tesoros de belleza por muchos no gozados, otros, en que vibra la retozona musa española, retrechera y jacarandosa, que parece empapada de manzanilla cual si gustara calañés y castañuelas.

A estos pertenece aquel tan sencillo y armonioso dedicado á los "frescos airecillos que á la primavera destejéis guirnaldas y esparcís violetas" de sabor tan pastoril como el de las flores del romero, y como el de la Zagala, que comienza así:

Guarda corderos, zagala,  
Zagala, no guardes fe,  
que quien te hizo pastora  
no te excusó de mujer.

Ni excusas podría yo daros para no recitar íntegro el romance de la hermana Marica, en que se espacia cándidamente su musa con todas las ingenuidades de una novicia. Prestad oídos á tan bella producción:

Hermana Marica,  
mañana, que es fiesta,  
no irás tú á la miga  
ni yo iré á la escuela.

Pondráste el corpiño  
y la saya buena,  
cabezón labrado,  
toca y alba negra;

y á mí me pondrán  
mi camisa nueva,  
sayo de palmilla,  
media de estameña,

y si hace bueno  
traeré la montera  
que me dió la Pascua  
mi señora agüela,

y el estadal rojo  
con lo que le cuelga,  
que trujo el vecino  
cuando fué á la feria.

Irémos á misa,  
verémos la iglesia,  
darános un cuarto  
mi tía la ollera.

Comprarémos dél,  
que nadie lo sepa,  
chochos y garbanzos  
para la merienda;

y en la tardecita,  
en nuestra plazuela,  
jugaré yo al toro  
y tú á las muñecas

con las dos hermanas,  
Juana y Madalena,

y las dos primillas,  
Marica y la tuerta;

y si quiere madre  
dar las castañetas,  
podrás tanto dello  
bailar en la puerta;

y al són del adufe  
cantará Andregüela;  
"No me aprovecharon,  
madre, las yerbas";

y yo de papel  
haré una librea,  
teñida con moras  
porque bien parezca.

Y una caperuza  
con muchas almenas;  
pondré por penacho  
las dos plumas negras

del rabo del gallo,  
que acullá en la huerta  
anaranjemos  
las Carnestolendas;

y en la caña larga  
pondré una bandera  
con dos borlas blancas  
en sus tranzaderas

y en mi caballito  
pondré una cabeza  
de guadamecí;  
dos hilos por riendas;

y entraré en la calle  
haciendo corbetas  
yo y otros del barrio,  
que son más de treinta.

Jugarémos cañas  
junto á la plazuela,  
porque Bartolilla  
salga acá y nos vea.

Bartola, la hija  
de la panadera,  
la que suele darme  
tortas con manteca.

Porque algunas veces  
hacemos yo y ella  
las bellaquerías  
detrás de la puerta."

No es cierto que vibra toda la retozona musa española, á la que no quitaban su alegría ni los mayores pesares, en el citado romance? Tal como éste hay muchísimos más, que sólo enumerar sería cansado, aunque debo decir que merecen elogios los que comienzan así:

“Recibí vuestro billete,  
dama de los ojos negros. . . .”

‘Labrando estaba Artemisa. . . . .’

“Erase una vieja,  
de gloriosa fama. . . .”

“Aquel rayo de la guerra,  
Alférez mayor del reino. . . .”

y en general todos los llamados moriscos que suman una veitena más ó menos.

Pero después de lo dicho, me viene en tentación citaros otro romance magistral y allá va él con su correspondiente exordio.

El poeta, que como buen andaluz, sentía el inmenso amor á la vida que nos hace alegres y lo expresaba sin rebozo en sus versos, hizo una vez un viaje á Cuenca. Allí vió á unas hermosas serranas bailar un día en los pinares, al són de dulces tonadas de la tierra, mientras cogían piñones, é inflamada en seguida su imaginación escribió este bello romance:

En los pinares de Júcar  
vi bailar unas serranas  
al són del agua en las piedras  
y al són del viento en las ramas.

No es blanco coro de ninfas  
de las que aposenta el agua  
ó las que venera el bosque,  
seguidoras de Diana.

Serranas eran de Cuenca,  
honor de aquella montaña,  
cuyo pie besan dos ríos  
por besar dellas las plantas.

Alegres coros tejían,  
dándose las manos blancas  
de amistad, quizá temiendo  
no la truequen las mudanzas.

¡Qué bien bailan las serranas,  
qué bien bailan!

El cabello en crespos nudos  
luz da al sol, oro al Arabia,  
cuál de flores impedido,  
cuál de cordones de plata.

Del color visten del cielo,  
si no son de la esperanza,  
palmillas que menosprecian  
al zafiro y la esmeralda.

El pie (cuando lo permite  
la brújula de la falda)  
lazos calza, y mirar deja  
pedazos de nieve y nácar.

Ellas, cuyo movimiento  
honestamente levanta  
el cristal de la columna  
sobre la pequeña basa.

¡Qué bien bailan las serranas,  
qué bien bailan!

Una entre los blancos dedos  
hiriendo lisas pizarras,  
instrumento de marfil  
que las musas envidiaran,

Las aves enmudeció,  
y enfrenó el curso del agua;  
no se movieron las hojas,  
por no impedir lo que canta:

Serranas de Cuenca  
iban al pinar,  
unas por piñones  
otras por bailar.

Bailando y partiendo  
la serranas bellas  
un piñón con otro,  
si ya no es con perlas,

de Amor las saetas  
huelgan de trocar,  
unas por piñones,  
otras por bailar.

Entre rama y rama  
cuando el ciego dios  
pide al sol los ojos  
por verlas mejor,

los ojos del sol  
las veréis pisar,  
unas por piñones,  
otras por bailar.

Se conocen hasta ciento veinticinco romances de Góngora, y se supone que escribió muchos más que hoy son perdidos. Era él indudablemente sin rival en semejante clase de poesía y éste es uno de sus mejores títulos á la inmortalidad y al renombre. Pero no sólo lucía en los romances, sino también en las letrillas, campo más vasto para dar rienda á su malicia y natural picaresco. De ellas han llegado hasta nosotros más de setenta y por no de jar de daros una muestra de lo que su ingenio saber hacía os citaré la siguiente, que muchos imaginan enderezada contra el marqués de Siete-Iglesias, grande de España, aunque ello no parece creíble, pues este opulento caballero fue favorecedor de don Luis, á quien consiguió una capellanía de ho-

nor y no era la ingratitud flaqueza de que adolecía el poeta. Con mejor sentido juzgan otros que mortifica al desdichado Rodrigo de Calderón, aquel favorito del duque de Lerma cuyo orgullo y vanidad le conquistaron el odio general y le atrajeron la mayor suma de desgracias después de haber sido riquísimo y todopoderoso, terminando sus días por mano del verdugo. Se cuenta de don Rodrigo que prefería, hasta tal punto ciega la presunción, pasar por hijo adulterino del famoso duque de Alba, que por legítimo de Francisco de Calderón, hombre muy de bien y no despreciable, en lo cual no fue ni primero ni último pues la vanidad es el defecto capital de los humanos. La letrilla dice así:

Arroyo ¿en qué ha de parar  
tanto anhelar y subir?  
tú por ser Guadalquivir,  
Guadalquivir por ser mar;  
Carrillejo en acabar  
sin caudales y sin nombre  
para ejemplo de los hombres.

Hijo de una pobre fuente,  
nieta de una dura peña,  
á dos pasos las desdigna  
tu mal nacida corriente;  
si tu ambición lo consiente,  
en qué imaginas me dí;  
murmura, y sea de tí,  
pues que sabes murmurar.

Arroyo, etc.

¿Qué días tienes reposo?  
¿A qué noches debes sueño?  
Si corres tal vez risueño,  
siempre caminas quejoso;  
mucho tienes de furioso,  
aunque no en el tirar cantos,  
y así tropiezas en tantos  
cuando te quies levantar.

Arroyo, etc.

Si tu corriente confiesa  
sin intermisión alguna  
que la cabeza en la cuna  
y el pie tienes en la huesa,  
¿Qué fatal desdicha es esa  
en solicitar tu daño?  
Pésame que el desengaño  
la vida te ha de costar.

Arroyo ¿en qué ha de parar  
tanto anhelar y subir?  
tú por ser Guadalquivir,  
Guadalquivir por ser mar;  
Carrillejo en acabar  
sin caudales y sin nombre,  
para ejemplo de los hombres.

En aquella época esplendorosa de la poesía española, reinaba el soneto, composición la más difícil de todas cuando ha de ser magnífica y que viene á semejar por tanto piedra de toque para conocer los verdaderos poetas.

Todos los grandes líricos españoles, especialmente en los siglos XVI, XVII y XVIII, se han distinguido en producir sonetos notables, y Góngora, que por de contado los cultivó, y con éxito, cuenta muchos muy bellos, que realzan el valor de su gran obra poética. Ensayó con donaire todos los géneros, sin salirse del molde clásico y siempre brillantemente. Voy á citaros, y concluiré con las citas pues temo cansar vuestra benvolencia, unos pocos por los que podáis juzgar de la facilidad y bríos que para producirlos poseía.

Os daré á conocer primero uno en que alaba el Escorial, la gran obra arquitectónica de Felipe II. Dice así:

Sacros, altos, dorados capiteles,  
que á las nubes robáis los arreboles,  
Febo os teme por más lucientes soles,  
y el cielo por gigantes más crueles.

Depón tus rayos, Júpiter; no celes  
los tuyos, sol; de un templo son faroles,  
que al mayor mártir de los españoles  
erigió el mayor rey de los fieles.

Religiosa grandeza del monarca  
cuya diestra real al Nuevo Mundo  
abrevia y el Oriente se le humilla,

Perdone el tiempo, lisonjee la parca  
la verdad desta octava maravilla,  
los años deste Salomón segundo.

Como hombre que en amores fue versado, da consejos á los jóvenes incautos el poeta en el soneto siguiente, uno de los mejores que de él se conocen, que de seguro debe seros familiar y cuyos dos primeros versos serán siempre alabados:

La dulce boca que á gustar convida  
un humor entre perlas destilado,  
y á no invidiar aquel licor sagrado  
que á Júpiter ministra el garzón de Ida,

Amantes, no toquéis si queréis vida;  
porque entre un labio y otro colorado  
amor está, de su veneno armado,  
cual entre flor y flor sierpe escondida.

No os engañen las rosas, que á la aurora  
diréis que, aljofaradas y olorosas,  
se le cayeron del purpúreo seno;

Manzanas son de Tántalo, y no rosas,  
que después huyen del que incitan hora,  
y sólo del amor queda el veneno.

A una hermosa dama, por quien el poeta tenía vivas simpatías y á la cual conoció de niño y admiró de mujer, le escribió varios sonetos alabando su belleza. Todos son preciosos y escojo al azar el siguiente que copio:

Hlustre y hermosísima María  
mientras se dejan ver á cualquier hora  
en tus mejillas la rosada aurora,  
Febo en tus ojos y en tu frente el día;

Y mientras con gentil descortesía  
mueve el viento la hebra voladora  
que la Arabia en sus venas atesora  
y el rico Tajo en sus arenas cría;

Antes que de la edad Febo eclipsado,  
el claro día vuelva en noche oscura,  
huya la aurora del mortal nublado;

Antes que lo que hoy es rubio tesoro  
venza á la blanca nieve su blancura,  
goza, goza el color, la luz, el oro.

Ved por último, cómo habla á cierta amiga de una tempestad que presencié y que compara con su estado de ánimo. La descripción no puede ser ni más vigorosa ni más bella:

Cosas, Celalva mía, he visto extrañas:  
rasgarse nubes, desbocarse vientos,  
altas torres besar sus fundamentos  
y vomitar la tierra sus entrañas;

Duras puentes romper cual tiernas cañas  
arroyos prodigiosos, ríos violentos,  
mal vadeados de los pensamientos,  
y enfrenados peor de las montañas;

Los días de Noé, gentes subidas  
en los más altos pinos levantados,  
en las robustas hayas más crecidas.

Pastores, perros, chozas y ganados  
sobre las aguas ví, sin forma y vidas,  
y nada temí más que mis cuidados.

Podría seguir citándoos todo un tesoro de bellezas poéticas que os llevarían al convencimiento, si es que ya no estáis convencidos, de que dicho poeta fué uno de los más notables de su siglo y de España, pero ello sería cuento de nunca acabar.

Juzgado por Lope de Vega superior á Séneca y á Lucano, tiénelo Pellicer por sólo comparable á Píndaro; cree Saavedra Fajardo que ganó pasos de gloria como gran artífice de la lengua castellana; lo estima sin segundo Valdecebroy lo reputa Fitz--Maurice Kelly por todo un artista cuyo bagaje técnico es notablemente completo, agregando que debe ser colocado entre los mejores líricos de su país.

Y esto á pesar de todo lo que se ha dicho en su contra y que no logra oscurecer su fama. Ciertamente débese pensar que fué hombre de méritos excelsos cuando ha dado tanto que hablar por cuatro siglos, lo que no han alcanzado muchos de sus contradictores, olvidados en los anaqueles de las bibliotecas de eruditos y en los polvosos archivos oficiales. Su misma querrela con Quevedo, Lope de Vega y Cervantes nos seduce. Tiene tal brío su frase, su sátira es tan acerada y tan fina, que cuesta muy poco trabajo hacerse á su lado desde el primer instante. Y la verdad del caso es que lo respetaban y temían sus contradictores, á quienes fué superior en varios conceptos. Su renombre poético es de los mejor conquistados. Pobre, sin valimiento en la Corte, reñido con los grandes ingenios de su tiempo, demasiado delicado para paladares vulgares, logró sin embargo imponerse á todos. Ya á los dieciocho años se vió mencionado por Cervantes en el *Viaje al Parnaso* y con planta segura llegó á ocupar altísimo puesto en la lírica española. Y téngase en cuenta que Góngora nunca publicó sus versos; manuscritos circulaban entre los amigos, corrían las suertes más variadas y sólo debido al afán de un devoto más entusiasta que escrupuloso se dió á la estampa una parte de ellos el mismo año de su muerte.

Acerca de su obra literaria y de su contienda con Lope de Vega y Cervantes, un crítico inglés, que ya he citado, se expresa en esta forma, en que, á pesar del cargo con que comienza regalándolo, reconoce sin ambages lo que de justicia se debe al cordobés ilustre. Oigámoslo, que su autoridad no admite discusión:

“Indudablemente, Góngora hizo infinito daño: sus procedimientos de inversión fueron aprendidos con demasiada facilidad por hordas de imitadores que no reparaban más que en la forma, y sus audacias lingüísticas fueron reproducidas por hombres que no poseían ni la décima parte de su inspiración y de su habilidad. Casi lo mismo ha ocurrido con Paul Verlaine, que gustaba citar un verso de Góngora á modo de lema, pensando existía cierto parentesco literario entre él y el poeta cordobés. Es y ha sido siempre fácil señalar los graves defectos de Góngora, y, no obstante, aunque sea impopular confesarlo, siente uno cierta secreta simpatía por él en esta contienda. Lope de Vega y Cervantes son tan diferentes como pueden serlo dos personas; pero ambos convienen en descuidados métodos, en su indiferencia por la perfección formal. Su fatal facilidad les es común con sus hermanos: frases triviales, aceptadas sin reflexión y repetidas sin embarazo, abundan en la mejor obra española y constituyen su eterno lunar. Tal vez no era sólo el amor á la notoriedad lo que impulsó á Góngora á seguir las huellas de Carrillo. Tenía él, como demuestran sus primeras obras, un método más sano que el de sus colegas, y una conciencia artística más pura. Ningún rasgo descuidado se observa en sus composiciones juveniles, escritas sin estímulo y en medio de la obscuridad de su nombre. Justo es imaginar que su última ambición no fué enteramente egófstá, y que aspiró á renovar, ó más bien á ensanchar la dicción poética de su país.”

Los poetas de la edad de oro de nuestra literatura no sentían el hondo mal de la vida que á nosotros aqueja. Buenos creyentes por lo general, sin preocuparse por los graves y complicados problemas del yo, de la divinidad y de la naturaleza; sin pretender pasearse por los aires en globos dirigibles ó aeroplanos, ni recorrer la tierra en automóviles á una velocidad de ciento veinte kilómetros por hora, ni transmitir la voz y el pensamiento humanos á largas distancias; sin soñar en que existieran microbios, bacilos, caldos de cultivo, rayos equis, ondas hertzianas, aire líquido, radiografía, plasmas

y protoplasmas; ni menos en que el amor y el robo fuesen efectos patológicos, la locura endémica y la herencia biológica la verdadera maldición bíblica, su poesía era como ellos sana, vigorosa, pujante. Nada de nervosismos ni de rebeldías satánicas nos ofrecen en su obra grandiosa. Góngora mismo, al innovar, no pretendió buscar nuevas formas para dar salida á pensamientos complejos, ni para calmar estados morbosos del alma, sino lisa y llanamente hacer más donairoso el idioma, prestarle mayor riqueza poética con la introducción de giros gallardos y de corte clásico refinado. Se equivocó en esto? Seguramente, pues su siglo no estaba preparado para tales avances que su portentoso cerebro soñó con realizar, apoyado en la tradición de un Lucano, de un Juan de Mena y de un Marini entre otros muchos. Fue, pues, superior á su siglo, y un rebelde pujante y valeroso que supo hacerse apreciar y hacerse temer de sus contemporáneos y que logró conquistar un excelso lugar en el panteón de la posteridad, pues á pesar de todos sus émulos, impugnadores y enemigos, ha llegado hasta nosotros, si bien como una esfinge para los filisteos que sólo saben que hubo un Góngora y algo que se llamó gongorismo, rodeado en cambio de todo prestigio para los que conocedores de su obra pueden y saben apreciarla, pues aunque en muchos de ellos obren prejuicios de escuela y antiofias literarias siempre obligados se hallan á declararlo sin reticencias príncipe del Parnaso español. Ahora mismo acaba de hacerle justicia y reconocer su valía uno de sus más encarnizados detractores, el muy distinguido humanista y erudito don Marcelino Menéndez y Pelayo, al incluir cinco de sus romances en la compilación de las *Cien mejores poesías castellanas*, lo que es ya mucho por la cantidad y por ser quien es el compilador, reconocida autoridad en materia literaria.

Si en vez de estas breves consideraciones fuera yo á escribir un juicio meditado sobre Góngora y su obra poética, tendría para largo rato. Pero ni es esta la ocasión de hacerlo ni mis fuerzas llegan á tanto. Bastante audacia es ya, sin méritos que ostentar ni dotes oratorias que lucir, haber distraído por un espacio relativamente largo la atención de un auditorio tan selecto, pero á ello me he atrevido contando con la generosidad de las gentiles damas que como flores hermosas y fragantes visten esta noche con inusitado esplendor el tronco robusto del Ateneo; tronco cada vez más vigoroso, más lozano y cuyas ramas se elevan más y más, á pesar de todo lo que en contrario auguraron profetas maléficos y enemigos implacables. He contado también con el compañerismo y la amistad, que todo lo dispensan, de los hombres de letras aquí presentes y con la benevolencia de las otras personas que llenan este recinto en una fiesta tan hermosa, considerada en su conjunto, como la presente, no tanto por lo que podamos hacer los miembros del Ateneo cuanto por el concurso que á ella han aportado valiosos elementos del Arte y la Belleza, únicas fornas de verdad que logran hacer la vida amable y buena.

Tiempo y documentación detallada me hicieron falta además, cuando emprendí esta labor, para extenderme hasta hacer ese juicio crítico minucioso y razonado de la labor poética de Góngora. Es ella tan compleja, abarca tantas faces, tiene tantos puntos que se prestan á largas disquisiciones y á profundas y eruditas observaciones que dar en ello hubiera sido echar sobre hombros débiles carga de mucho peso. Por esta misma razón apenas si mencionaré, ¿pues cómo podría dejar de hacerlo? dando fin á mi trabajo, su canto á la armada invencible en que se revelan el católico y el castellano en versos vibrantes en que execra y maldice á Inglaterra, "ya templo de fe, ya templo de herejía" y á la reina Isabel á quien en celoso arranque patriótico llama "mujer de muchos y de muchos nuera! Oh reina infame; reina no, más loba libidinosa y fiera", y trae al terminar este verso heroico y hermoso:

“Mas si con la potencia el tiempo mides,  
Enarbola, oh gran madre, tus banderas,  
Arma á tus hijos, vara tus galeras,  
Y sobre los castillos y leones  
Que ilustran tus pendones,  
Levanta aquel león fiero  
De tribu de Judá, que honró el madero;  
Que él hará que tus brazos esforzados  
Llenen el mar de bárbaros nadantes,  
Que entreguen anegados  
Al fondo el cuerpo, al agua los turbantes”.

Habrá quien de buena fe niegue la excelstitud del poeta después de conocer toda su gran obra literaria, de pesarla minuciosamente, de descartar sus defectos, considerar sus lunares y abarcar sus bellezas innumerables? De seguro que no. Algo se rebelaría en el fondo de la conciencia de los que tal hicieran, en són de protesta contra tamaña injusticia. Y es que, aparte sus defectos y debilidades que son como lianas enredadas al tronco vigoroso de encina frondosa, esa obra es prenda de orgullo de la literatura castellana y su autor, ingenio preclaro de quien debemos formar una idea elevada y digna.

Yo me lo figuro, y valga la comparación, como una majestuosa montaña afirmada en poderosas bases de basalto, cuya cima se pierde entre las nubes que le forman un airoso penacho. Llena de vigor y lozanía la vegetación que de ella brota y que alimenta con su riquísima savia, es poderosa y forma como tupida muralla que impide el paso á los débiles, á los que no están dispuestos á la ascensión ruda pero provechosa y á los que se asustan ante la magnitud de la empresa y se rinden al principio apenas de ella.

Pero los fuertes apartan esa muralla vegetal, y á poco que ascienden las bellezas que les son dadas contemplar compensan con creces el laudable empeño que pusieron en la obra. La montaña desafia las tormentas de la naturaleza y los estragos del tiempo y confiada siempre en su grandiosidad es desdeñosa como una esfinge para con los que niegan su belleza y su majestad. A veces, cuando la atmósfera está bonancible y clara, se descubre el airón de las nubes y se puede ver en todo su esplendor y altura la cima prodigiosa, cuyo cono puntiagudo parece usando la metáfora del poeta, un dedo formidable que escribiera en la alta bóveda el nombre glorioso de don Luis de Góngora y Argote, vencedor del Tiempo y del Olvido, desde las altas cumbres de la Inmortalidad y de la Fama.

**Guillermo Andreve.**



## *Ateneo de Panamá*

### *La velada del día 27*

A la manera de los antiguos campeones que lanza en riesgo disputábanse en los palenques el premio del valor y la nobleza, así también los actuales paladines del talento disputáanse por medio del estudio, de la inspiración y del esfuerzo, las modernas victorias obtenidas en el campo del Arte y de la Ciencia.



SEÑOR DON ANTONIO BURGOS

anoche, pero desgraciadamente yo no poseo los ardores del genio ni las prerrogativas del talento, y mi pluma, rebelde, no puede trasladar al papel sino un débil remedo de mis impresiones.

Me limito pues á referir concisamente cómo se llevaron á la práctica todos los números de que constaba el programa de la velada.

Y así como aquellos torneos de las armas provocaban el entusiasmo delirante de las multitudes, son los de hoy el más legítimo triunfo del hombre pensador que, levantándose hasta las cumbres luminosas donde se anida el genio, arrastra á la humanidad sugestionada por los destellos sublimes de la gloria.

Por eso tan bella sugestión quedó manifestada anoche en toda la distinguida é ilustrada concurrencia que llenó completamente el hermoso Teatro Nacional habilitado para la segunda sesión solemne del Ateneo de Panamá, y por eso el entusiasmo fue desbordante, la emoción estética predominante, y el triunfo, colosal para los luchadores del intelecto.

Quisiera comunicar á mi pluma todo el fervor, toda la admiración y todos los arrebatos de entusiasmo que agitaron á mi alma durante la memorable sesión de

A la llegada del Excmo. señor Presidente de la República la banda ejecutó el himno nacional que fue escuchado de pies por toda la concurrencia.

En seguida y tras de la audición de la obertura que fue magistralmente interpretada por la orquesta bajo la dirección del maestro Santos Jorge, el señor Presidente del Ateneo y Secretario de Gobierno y Justicia don Ramón M. Valdés, leyó un hermoso discurso de apertura, notable por lo concipioso dentro de la concisión requerida, y que puso una vez más de relieve las altas dotes literarias, científicas y políticas, que distinguen al eminente hombre público. Tratándose del doctor Valdés parecería hasta impertinente cualquier comentario mío y así me limito á exponer que al final de su grandilocuente oración literario política, el orador dijo algunas palabras relativas al programa que se iba á ejecutar siendo larga y ruidosamente aplaudido.

Siento infinito no tener á la vista la oda magistral recitada por don Justo A. Facio. Profundidad de sentimientos, elevación altísima, elocuencia contenida en la forma correcta, posee el popular sobrio, distinguido y elegante, una actitud natural, pero dominante, una dicción fácil y clarísima y una convicción y seguridad tales en la emisión de las ideas, que convencen y subyugan. Es en suma un orador sobresaliente. Al terminar su hermosa disertación sobre arte fue calurosamente ovacionado.



SEÑOR DON NICOLÁS VICTORIA J.

ma de ideas, forma bella y absolutamente clásica; todo esto se reveló en los admirables cuartetos alejandrinos que el inspirado poeta debiera habernos gustar de nuevo en la prensa ó en el libro.

Fue calurosamente felicitado.

El discurso pronunciado por el notable artista y distinguido literato don Sebastián Villalaz fue una revelación para mí que no lo conocía como orador, pues posee todas las dotes requeridas. Aparte del valor literario de su obra, del derroche de erudición manifestado en todas las grandes etapas del arte y de la admirable

Batalla, el joven cantor apasionado de Eros; el poeta que ayer no más ensayó los preludios de su lira aurífera y que ascendiendo en poquísimo tiempo hasta la cumbre del Parnaso, se ha conquistado un puesto envidiable entre los poetas istmeños, tuvo anoche su apoteosis; apoteosis brillante y no superada hasta ahora; apoteosis colosal pero justa y merecida. Ya él se había colocado, por medio de la prensa, en sitial distinguidísimo del Hélicón; pero anoche subió aún más: se elevó hasta el trono destinado al genio. Frecuentemente fue interrumpido el vate por los desbordes de entusiasmo del público; fue, no una ovación, sino una serie de delirantes aciamaciones; de explosiones incontenibles de entusiasmo. Cuando el poeta se acercó al proscenio con la naturalidad en él característica, pero con la resolución y soltura que presta el talento, ya atrajo la simpatía general y al declamar las primeras estrofas de su inspirada poesía, un grito espontáneo de admiración salió de todos los pechos no cesando tales demostraciones hasta el final en que se le hizo una prolongada ovación que obligó al joven bardo á salir repetidas veces al proscenio.

La disertación del Dr. Aurelio A. Dutari sobre las grandes etapas de la música anteriores á los siglos XII y XIII, revela en su autor erudición, conocimientos y estudio concienzudo de la materia que trató. Fue un trabajo realmente notable que mereció aplausos nutridos y prolongados.

Don Guillermo Andreve, el literato distinguidísimo y popular periodista que tiene con justa causa bien afirmada su envidiable reputación entre lo más granado de la sociedad istmeña, leyó un extenso trabajo sobre la vida y obra poética de Góngora, esa gran figura del siglo de oro de la literatura castellana que, á mi juicio, tuvo sin embargo épocas de aberración que dieron margen al llamado Gongorismo.

*Las consideraciones* del ilustre escritor sobre punto tan controvertido entre literatos fueron en realidad el trabajo más adecuado y propio de ateneo que anoche se leyó.

Don Guillermo Andreve recibió varias veces los plácemes de la concurrencia y al final fue fuertemente aplaudido.

Con este acto terminó la velada de anoche que será de recuerdo perdurable para todos los concurrentes.

De propósito he dejado para el final mis sinceras felicitaciones á la bella y distinguida señorita Bertilda Vallarino que cantó admirablemente el valse, de Arditi, "Parla" y que, por la dulzura de su voz, por su buen gusto y sentimiento, por la naturalidad y distinción de sus maneras, se reveló como una verdadera artista y obtuvo merecidísimos y entusiastas plácemes.

La niña María Arias, verdadero prodigio de candor y de belleza, arrebató á la concurrencia con la difícil ejecución a piano de "Carnaval Español" de Ch. Delioux. Fue un derroche de habilidad artística unida á un portento de gracia juvenil que magnetizaron á los espectadores.

La hermosa y gentil señora de Monteverde que tiene ya bien afirmada entre la alta sociedad istmeña su reputación de dama distinguida en los actos de salón, confirmó gallardísimamente la fama de que disfruta cantando de manera admirable y con gusto y afinación artística de verdad "Minón de P. Tosti."

La concurrencia premió su labor con merecidos aplausos.



DOCTOR AURELIO A. DUTARI

La estudiantina del Colegio de San José, presentada con exacta propiedad y verdadero lujo, fue un triunfo para las graciosas niñas que manejan la guitarra y la bandurria con tanto arte y soltura como pueden hacerlo buenos guitarristas de la clásica tierra del morisco instrumento.

Tuvieron que ejecutar, á reiteradas instancias del público, una segunda pieza y terminaron con la interpretación magistral del himno patrio.

Vayan también mis aplausos á las simpáticas niñas así como á su competente Profesor.

La cooperación de las aplaudidas tipes señoritas Ferrabini, Simzis y Pezzati, y el afamado bajo señor Mauceri, que demostraron anoche mayores facultades y más deseos de agradar que nunca, contribuyó al mayor brillo de esta hermosa fiesta donde el talento y la belleza pusieron á contribución sus atributos en obsequio del arte.

No terminaré sin dedicar un aplauso, (un aplauso más), á «Romeo;» al popular y aristocrático «Romeo;» al «gran niño» mimado de la alta sociedad panameña que lo mismo crea actrices entre las hijas de las buenas familias del Istmo que presenta excelentes decoraciones para veladas ateneístas precedidas del arduo trabajo que deja el rastro de las compañías de ópera.

Y para final, vaya la única censura con motivo de esta velada.

¿Quién lo dijera?

Mi censura va precisamente contra el Ateneo, ó mejor dicho, contra la Junta Directiva.



SEÑOR DON CARLOS L. LOPEZ  
Secretario de Actas del Ateneo de Panamá

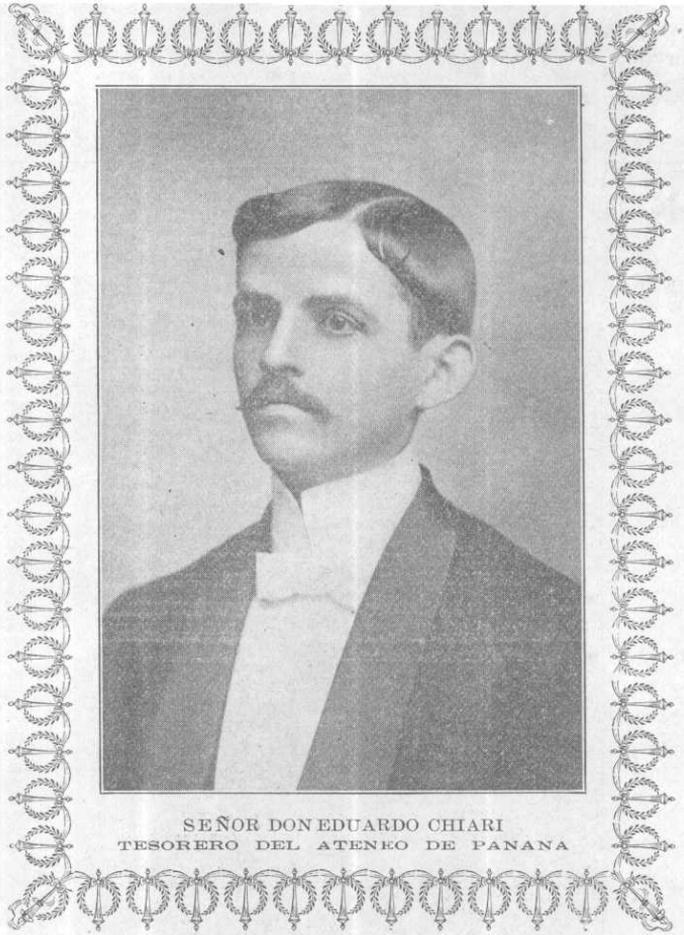
¿Por qué razón han de concretarse las sesiones solemnes á un solo día durante el año?

Ya que tenemos una institución que por los hechos responde al nombre que lleva; que habla muy alto en favor de la intelectualidad y de la cultura istmeña; exterioricemos más frecuentemente esa intelectualidad y esa cultura y abrámosles ancho campo que dé margen á mayores iniciativas aún, y á más grandes estímulos.

CLARIN ETE.

28 de Noviembre de 1908.

[*Diario de Panamá*, lunes 30 de Noviembre de 1908.]



## *Ateneo de Panamá*

### *La velada solemne*

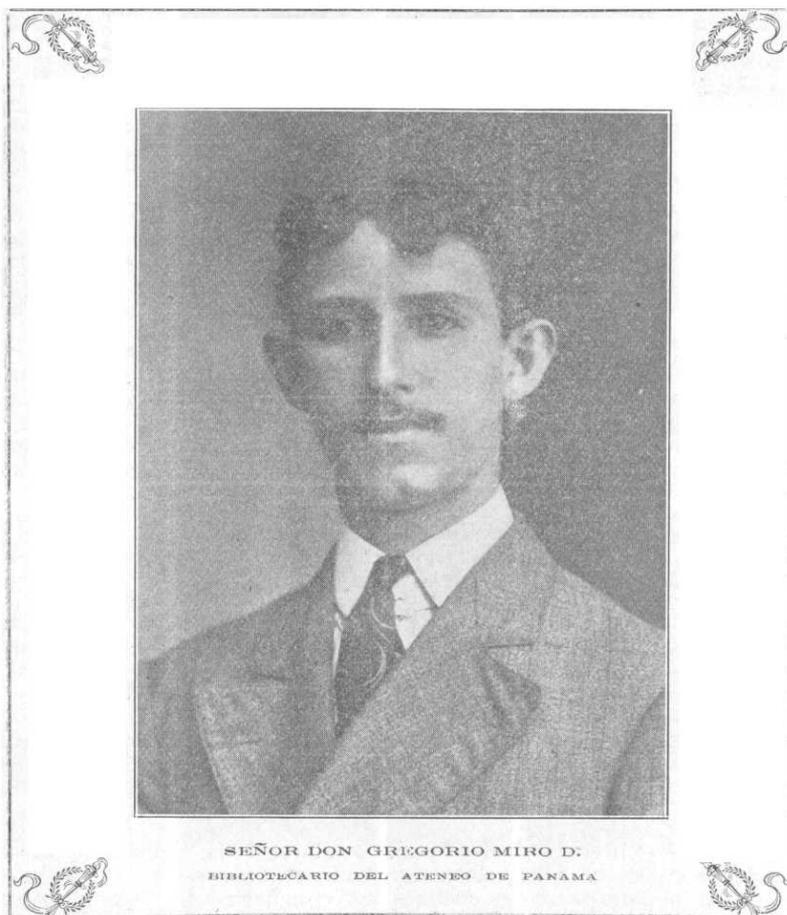
Tras los preludios de la canción nacional ejecutada por la Banda Republicana, el doctor Ramón M. Valdés, con sencillez de estilo y correcta dicción, abrió el programa de la velada con un discurso que disertó sobre los grandes servicios que estaba llamado á prestar el Ateneo y el apoyo que debía prestarle la culta sociedad panameña. Asimismo, aunque ligeramente, esbozó las distintas evoluciones políticas verificadas en Panamá desde los tiempos primitivos en que la América pugnó por sacudir el eslabón ibero que ha siglos la oprimía. Habló del papel que Panamá está llamado á representar en el progreso del mundo, y casi al finalizar su discurso, una salva nutrida de aplausos ahogó sus últimas palabras.

El vals de *Mirelle*, cantado por la joven artista Olga Simsiz resultó una apoteosis; el público dominado por la voz vibrante de la Simsiz, estalló en una tempestad de aplausos que parecía llevarle hasta el delirio.

Justo A. Facio, poeta de reputación en el mundo de las letras, declamó un canto *A Panamá*, en que dejó ver ese amor, que nunca muere, esa pasión inmortal:

el patriotismo. Debido á lo débil de su voz y á las pocas dotes oratorias del poeta, el público no pudo percibir en esos momentos varias estrofas de este canto que constituyen una prenda más aumentada al joyel de la poesía istmeña.

Cerró la primera parte del programa la jugueta alondra que ensayó sus pri-



meros aleteos bajo el hermoso cielo de Italia y á vista de las cúspides alpinas, señorita Ferrabini, cantando *La Habanera* de la ópera *Carmen*. Al terminar la última nota, la artista recogió entre sus manos un laurel, inclinó la cabeza al peso de la gloria y desapareció del proscenio.

La segunda parte la abrió la niña María Arias, que apareció en el escenario como un rubio lucero desprendido de los satélites de Apolo. Ejecutó el *Carnaval Español*, y el piano al contacto de sus dedos lloraba y reía armoniosamente; y la pequeña sintió sobre sí el peso del primer triunfo.

El doctor Aurelio A. Dutary, leyó un corto discurso, nutrido de observación y de análisis, es rito al perfil de la historia musical. Estudio que le valió un sincero aplauso de parte del público comprendedor y sensato.

Luego, y como un engarce de pétalos, desfilaron las armonías de *Samsón y Dátila*, romanza que cautó la señorita Pezzati y que mereció la recompensa de un aplauso envidiable.

El 4º número de la segunda parte lo llenaba *Gratitud*, sentida poesía del joven vate José Guillermo Batalla. Toda ella está repleta de un hondo sentimentalismo, que, al recitarla su autor, salía cada expresión de sus labios como girones de su corazón yacentos elegíacos surgidos desde el más recóndito fondo del alma infinita del soñador. El público supo comprenderlo así, y le tributó su homenaje que se prolongó frenéticamente. Historia fue esa poesía, reflejo de un hondo romanticismo que todos per-eguimos con anhelo en la adolescencia y que el destino la destroza convirtiéndola en cruel realidad.

La perseverancia y el estudio harán, á no dudarlo, de Batalla una gloria futura para las letras istmeñas.

*Perla*, valse cantado por la señorita Bertilda Vallarin, resultó como la armonía de un canto que viniera á unirse á las últimas estrofas del poema de Batalla, y que flotaron unidos en el esplendor lumínico del Coliseo.

No de manera muy excelente, pero sí regular, fue ejecutado el *Valse Lento* por la estudiantina del Colegio San José, compuesta por un número algo crecido de niñas panameñas. Los concurrentes, indulgentes y benévulos, les hicieron repetir su cometido, cambiándolo ellas por el himno nacional, lo que vino á revivir con más impulso el entusiasmo en los espectadores. Se retiraron de la escena en medio de aclamaciones abrumadoras.

*La razón del Arte*, del señor Sebastián Villalaz, resultó lo que no esperábamos: una vigorosa tempestad de palabras, que en nada correspondía á la frialdad del análisis que requería un tema como el escogido por él. Esto no quiere decir que su discurso carezca de mérito. Lejos de nosotros tal idea. En ratos sí, dominando el fraseologismo, expuso ejemplos que están en completa armonía con la razón estética. Los aplausos que le tributaron, en este caso, fueron justos.

*Simón Bocanegra*, romanza cantada por el señor Manceri, mereció con justicia los honores del *bis*. Lleva el notable bajo italiano una memoria grata y un laurel florido prodigados á él por el público de esta capital.

Guillermo Andreve inusualmente nos sorprendió con un estudio analítico sobre el poeta Luis Argote y Góngora, ese genio español que tuvo la suficiente fuerza intelectual para apartarse de la ruta anticuada é iniciar una evolución en la literatura española. Góngora fue, como lo dice Andreve, el más audaz de los poetas de su época. Entre nosotros pocos son los que pueden apreciar, en lo debido, la labor de Góngora, pero ello es lo cierto, que si hoy el mundo goza de las intensas fruiciones de una literatura exquisita, se lo debe á él, porque fue el único que levantó su bandera de rebelión cuando la escuela clásica permanecía firme en sus anárquicas teorías.

Sin ofender el *yo* literario de los demás oradores de la velada, á nuestro humilde entender la casi conferencia del señor Andreve fue, es y será lo de más valor intrínseco. Se alejó de la frase adornada para concurrir á la frialdad plástica del estudio. Hubo, por consiguiente, analogía del tema y su desarrollo, y de ahí el mérito de la obra.

Al salir del Coliseo, frases de admiración hacia el Ateneo salieron de nuestros labios, deseando que no se prolongue mucho el día en que se haya de repetir una fiesta como la de que nos ocupamos, pues ella es la más alta manifestación de la cultura moral de los pueblos.

(De *El Cronista*, 28 de Noviembre de 1908).





## Notas de la velada

Las señoritas de la Estudiantina del Colegio de San José, que tomaron parte en la velada solemne, fueron las siguientes:

Helena Alba, Abigafl Arango, María Chatagnon, María Arias, María T. Micolta, Felicia Dutary, Dolores y Diva Aguilera, Abigafl Pacheco, Mercedes Jorge, Elida Arias, Leonila Valdés y Rebèca Paniza.

El Director de la Estudiantina, señor don Agustín Chiari L. dirigió la ejecución de las cuatro piezas musicales que ejecutaron las señoritas mencionadas.

Los artistas de ópera de la Compañía Lambardi que tomaron parte en la velada, al ser instados por el público para cantar de nuevo, no repitieron los números del programa sino que ejecutaron otros distintos, á saber:

La señorita Olga Simzis, el valse *Mirella*, de Gounod.

La señorita Ester Ferrabini, la *Fior de Giunchiglia*, de Stronello.

La señorita Renata Pezzati, la *Romanza de La Favorita*, de Donizetti, y

El señor Artidoro Mauceri, el aria de *L'Ebreca* de Haléry.

La tempestad de aplausos que al final de su número prodigó el público á doña Hilda Vallarino de Monteverde, hizo que con su cortesía habitual volviera de nuevo al escenario á brindar con el *bis* á dicho público.

Otro tanto no pudo hacer la gentil señorita Bertilda Vallarino, pues siendo la primera vez que se presentaba en público la emoción que recibió al sentir los aplausos que con todo entusiasmo se le prodigaron, le impidió salir de nuevo al proscenio. Y en verdad que fueron muy merecidos esos aplausos y muy legítima la simpatía que esa noche conquistó la señorita Vallarino, pues posee una voz poderosa y de maravilloso timbre, llena de dulzura, de languideces y de vibraciones exquisitas. El Ateneo no puede menos que sentirse orgulloso de que en una fiesta suya se haya revelado una artista de tan relevante mérito como la de que tratamos, y así lo hace constar con todo gusto.

Imposible ha sido al Director de estos ANALES conseguir del Dr. Aurelio A. Dutari una copia de su disertación sobre "Las grandes etapas de la música, anteriores á las siglos XII y XIII," razón por la cual se priva de darle publicidad en las presentes páginas, conforme estaba resuelto y como era su mayor deseo. Ofrece sí el retrato del doctor Dutari, consocio de vasta ilustración y tal vez el que más ha viajado de todos los miembros del Ateneo, recogiendo en su largo recorrer observaciones y datos interesantes que han de resultar, á no dudarlo, en su propio provecho y en el del país también.

